

Diana I. Luque y la felicidad

No sé si Diana I. Luque (1982) es feliz o no lo es. Durante los nueve meses que van de octubre de 2009 a junio de 2010 nos hemos visto varias horas a la semana y es cierto que hemos hablado mucho, pero casi siempre sobre un mismo asunto: la escritura de esta obra titulada *Felicidad, marca registrada*. Ha sido, pues, una relación profesional en lo que no ha habido lugar, ocasión o disposición a adentrarse en terrenos personales. Apenas sé nada de ella, de sus gustos, de su pasado, de sus amistades, de sus frustraciones, de sus deseos... No sé qué la entristece, qué la llena de ilusiones, con qué se instala en la indiferencia... De su vida sé lo que da de sí la asepsia de un currículum, eso sí, sin desperdicio. Carezco de datos para asegurar, por tanto, si es feliz o no, pero sí sé una cosa, algo que en realidad solo yo puedo saber porque es a mí a quien concierne aunque provenga de ella: algunas de mis horas más felices como profesor las he pasado con Diana.

Diana I. Luque tiene dos virtudes —pero no solo estas dos— que respeto y admiro: el talento y la constancia. Nunca deja de aparecer con propuestas nuevas.

A cualquier objeción responde con una mejora atrevida e insospechada. Encuentra con rapidez e ingenio soluciones a los problemas que se le plantean. Está tan dispuesta a defender las razones de su trabajo como a valorar y estudiar los criterios que difieren del suyo. Es, en verdad, una alumna ejemplar: inteligente, culta, analítica, resuelta, emprendedora y aventurera; sin miedo a experimentar ni reparo para eliminar lo improductivo.

Alumnos como ella justifican la existencia de las enseñanzas artísticas. En un tiempo en que se diría que el arte se ha rebajado a la mera expresión de una satisfacción personal, Luque es un modelo de cómo el estudio, el conocimiento y la aplicación de las técnicas que han vertebrado la tradición escénica ayudan a desarrollar el rigor, la disciplina y la conciencia del trabajo bien hecho. Y ello aplicado a unos textos que no son deudores de modernidades crípticas, sino que son comprensibles sin dejar de ser complejos. Es una autora que sabe escribir y que logra ser entendida, algo tanto más importante cuanto que las suyas son obras que transitan de lo individual a lo social, donde vemos a los personajes en conflicto con el entorno familiar, con el grupo y hasta con la civilización a la que pertenecen. Se teje, así, un entramado de relaciones cuyas implicaciones se van sumando y expandiendo sin que, como lector, sienta que se me hurtan datos, se me intenta fascinar con la rareza o se halaga mi vanidad procurando que me crea parte de un selecto y pequeño círculo de iniciados. Habla de cosas importantes —no de causas privadas, ni, menos aún, de excusas para el entretenimiento—, pero lo hace con naturalidad, exenta de artificios y con resultados de mérito.

En su trabajo como dramaturga se encuentran adaptaciones de Stevenson —*Los ladrones de cadáveres*, 2009— y Chéjov —*El pabellón número 6*, 2011—; así como su visión del amor y de la guerra con la poesía del iraquí Najim Moushin: *Desencuentro*, 2010. Junto a José Manuel Lecha-

do ha trabajado sobre Isherwood y Van Druten —*Cabaret*, 2010—, y en compañía de Paula Parra ha escrito *Muerte, miseria y otras virtudes* (2010).

Su labor se completa hasta el momento con dos obras breves, *Ex-presos a Bélgica* (2009) y *El reino de los sídhe* (2009), y otras dos largas: *Felicidad, marca registrada* (2010) y *Tras la puerta* (2010). Las primeras se crean para la asignatura de Escritura correspondiente al tercer curso de Dramaturgia de la Resad y, en el caso de la amarga comedia *Ex-presos a Bélgica* —viaje en torno a la familia disfuncional de un lingüista tetrapléjico—, ya ha sido publicada en el volumen colectivo *Teatro. Piezas breves (Curso 2008-2009). Alumnos RESAD* (2009) y representada con dirección de la autora también dentro del marco académico de la escuela. En cuanto a *El reino de los sídhe*, es un poema dramático donde la escritora recrea antiguas leyendas irlandesas de luchas entre reinos míticos. Es un mundo cercano a los intereses de quien no solo es licenciada y doctoranda en Filología Inglesa sino que ha preparado un volumen sobre teatro irlandés contemporáneo titulado *Estéticas de la destrucción: el teatro irlandés en la era del Celtic Tiger*. En la obra permite que la destrucción se enseñoree de un escenario habitado por un rey ensoberbecido que lleva a su pueblo a una guerra civil de consecuencias fatales; se presenta un mundo pantanoso donde chapotean las voces que un soberano ciego y sordo se niega a atender, apagándose las promesas de felicidad con que se lanzó a la empresa.

Con *Felicidad, marca registrada* y *Tras la puerta*, Luque vuelve sus ojos al presente, aunque no para extraer del mismo una imagen mucho mejor. En *Tras la puerta* muestra una especie de nuevo club de los suicidas, desamparados que se comunican entre sí por medio de foros de internet donde unos buscan instrucciones y medios para procurarse la muerte y otros inducen a los más débiles a quitarse la vida. La autora alterna las reuniones de un grupo de apoyo a

familiares de suicidas con las conversaciones en esos foros y la aspereza del hogar de un suicida potencial.

En ninguna de estas obras los personajes son felices; no, al menos, sin causar la infelicidad a otros; y el dolor que todos causan a sus familias, en el ámbito de la privacidad, se vincula al que originan en quienes pareciera ajenos a ellos. En *Ex-preso a Bélgica*, el lenguaje se usa para dañarse y despreciarse en una familia sin rumbo que tiñe con su iniquidad a los extraños. En *El reino de los sídhe*, ese rey enloquecido desdeñará las advertencias de su propia madre, quien terminará recriminándole la vergüenza de sus males. En *Tras la puerta* hay un inquietante vínculo entre lo mucho que ignoramos de los más cercanos y lo fácil que es dejarse influir por cualquier manipulador recién llegado.

Como en esas obras, también en *Felicidad, marca registrada* aparece la demencia mediante un personaje cuya visión de la realidad está distorsionada, que forma parte de una familia con todo para ser feliz pero que no lo es —no puede serlo cuando se vive «por encima de sus posibilidades»—, que pertenece a un grupo desideologizado e insolidario, y cuyo trabajo tendrá consecuencias perniciosas sobre la sociedad en su conjunto. El publicista Félix vende felicidad, satisfacción de unas necesidades que en algunos casos han de ser primero creadas para después cubrirlas; artificio, en suma. Diana I. Luque sitúa su drama en la pequeña escala de su entorno inmediato, familiar y laboral, y en el más amplio de una epidemia; pero todavía lo acrecienta cuando lo emparenta con la Creación desde un punto de vista religioso. Que algunos personajes se llamen como los evangelistas, que el mismo Félix se apellide Salvador o que los publicistas hablen de Cristo como un hacedor de eslóganes, son elementos que nos van conduciendo a un cuestionamiento de las nociones de crear y de creer.

La tensión entre lo público y lo privado es una de las muchas cualidades de la escritura de Diana I. Luque, como también el escepticismo sin cinismo o la elegancia sin

manierismo. Es una autora que comienza a darse a conocer desde un estrado elevado y bien asentado, y de quien, por ello, solo cabe esperar lo mejor.

Roma, 5 de marzo de 2011